











Antonio Cecilia Tejedor

Leer en los labios

Manual práctico para entrenamiento
de la comprensión labiolectora

ABECEDARIO ESPAÑOL VISIBLE		
		 a
 b-p-m	 t-d z (ce-ci)	 e
 f	 i	 n-l-r
 k-q	 ch ñ-ll	 o
 rr	 s	 u



INDICE

PRÓLOGO, POR EL DR. D. JOSÉ ANTONIO RÍOS GONZÁLEZ	9
---	---

INTRODUCCIÓN	13
--------------------	----

LA LECTURA LABIAL EN LA EDUCACIÓN INFANTIL

• El lenguaje	19
• La lectura labial	20
• La familia del niño sordo y la lectura en los labios	21
• Todos leemos en los labios de quién nos habla	21
• Hablemos al niño cuando nos mira	23
• Enseñar a leer los labios al niño sordo	24
• Hablar, hablar... y con naturalidad	25
• Siempre hablando de lo que interesa	26
• La inteligencia del niño y la lectura en los labios	27
• La lectura labial y audición residual	27
• Las limitaciones de la lectura labial	28
• Son doce formas de labios y bocas	29
• Diez puntos a tener siempre en cuenta	30

EJERCICIOS Y ACTIVIDADES PARA ENTRENAR LA COMPRESIÓN LABIOLECTORA EN LA EDUCACIÓN INFANTIL

• Palabras previas	35
• Objetivos del programa de lectura en los labios	36
• 50 ejercicios para el entrenamiento de la labiolectura	38
• Así fue: el diario de los progresos del niño	61

**ENTRENAMIENTO DE LA COMPRESIÓN LABIOLECTORA
EN ESCOLARES SORDOS** 63

- Notas introductoras 65
- La lectura labial en la historia de la Educación de los deficientes auditivos:
algunos autores destacados 66
- El capítulo XII de «Escuela Española de Sordomudos» 70

**PROPUESTAS Y ACTIVIDADES PARA EJERCITAR LA LECTURA LABIAL
EN LA ESCUELA** 77

- 25 ejercicios para el entrenamiento de la labiolectura 81
- Ficha control de lectura labial para escolares 106

LA LECTURA LABIAL, UNA ACTIVIDAD PROGRAMADA 107

LOS SORDOS POSTLOCUTIVOS Y LA LECTURA LABIAL 113

- Introducción 115
- Los sordos postlocutivos cambian de amigos 118
- Los sordos adultos suelen cambiar de trabajo 118
- Los sordos postlocutivos y las nuevas relaciones con su familia 118
- Aspectos didácticos para la comprensión de la labiolectura por los sordos postlocutivos. 119
- Abecedario español visible 123

**PROGRAMA DE ENTRENAMIENTO EN COMPRESIÓN LABIOLECTORA
PARA SORDOS POSTLOCUTIVOS** 125

- Breves recomendaciones 127
- Carta abierta 128
- 15 lecciones para entrenar la lectura en los labios a sordos postlocutivos 129
- Continuidad del programa 193
- Lectura labial e informática 195

HACIA UNA COMPRESIÓN TOTAL DE LA LECTURA LABIAL 197

- Introducción histórica 199
- El Método Rochester 204
- La Ortofonía en ayuda de la lectura labial 205
- La Orolessia 208

CUANDO LA LECTURA LABIAL NO ES POSIBLE 213

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA 219

PRÓLOGO

Antonio Cecilia ha escrito un libro que era necesario. La necesidad en el campo educativo es siempre desafiante, máxime cuando, a pesar del tiempo, siguen apreciándose lagunas que resultan **lamentables**. Y este es el caso que trata de llenar el autor que me pide unas letras de presentación.

Ni el autor ni el libro necesitan esta presentación porque el autor goza del suficiente prestigio en el ámbito que aborda y la obra tiene entidad suficiente para abrirse camino sin necesidad de mis palabras. Sin embargo, acepto su invitación como correspondencia agradecida a lo mucho que Antonio me ha enseñado a lo largo de «algunos» años. Lo conozco hace «todos esos años» que no voy a concretar, porque hablar de edades resulta inoportuno cuando se ha recorrido un gran trecho del camino vital. Baste decir que lo conocí cuando (¡pobre de mí!) fui uno de sus profesores en aquella entrañable sede de la calle San Mateo de Madrid donde se formaban los entonces denominados Profesores Especiales de Sordomudos, hoy metidos bajo el paraguas de un título más amplio en la especialidad de Logopedia. Desde entonces le he seguido muy de cerca y me ha permitido compartir con él algunas aventuras pedagógicas, haciéndome un hueco en los equipos con que ha fraguado proyectos que, no dudo, seguirá dando a conocer para provecho de cuantos se afanan en este área de la Educación Especial.

El autor es un ejemplo de **vocación al campo de los sordos**. Si entendemos por vocación el resultado de «intereses», «aptitudes» y «rasgos de personalidad» que confluyen para cuajar un perfil que permita ofrecer a la sociedad un conjunto de elementos perfectamente integrados que contribuyan a la mejora y el perfeccionamiento de personas o realidades, estamos ante la encarnación de este concepto. Antonio Cecilia, desde su espontánea sencillez, puede sentirse orgulloso de haber contribuido al perfeccionamiento de los sordos, de los profesionales del área y de muchas instituciones que se han beneficiado de su experiencia. Lo de menos —y él lo sabe muy bien, aunque el dolor no le haya quitado fuerzas— es que algunas de esas instituciones, y a las que entregó los mejores años de su vida y su quehacer, no lo hayan reconocido. Por eso, entre otras cosas, es un ejemplo de vocación pura y dura.

No hay vocación verdadera sin la absoluta entrega que se deriva del hecho de haber encontrado el camino en el que se ofrece «algo», mientras se logra la plenitud de ver satisfechas las necesidades profundas que se concretan en los **«intereses»** que empujan a una generosa donación profesional. En este nivel, puedo garantizar que Antonio ha estado y sigue estando totalmente identificado con tal objetivo. Que sus «intereses» responden a este hondo sentido, lo demuestra que su gozosa entrega no ha disminuido ni en los momentos más duros que ha tenido que afrontar para mantener viva y sanamente tensa la misma inquietud.

Por otro lado, el autor de estas páginas ha demostrado, a lo largo de los años, que posee las **«aptitudes»** que lo hacen apto para desempeñar con acierto la compleja tarea de «crear» o «reconquistar» la comprensión de la palabra, a quienes las circunstancias le han puesto serios obstáculos para incorporarla al bagaje de herramientas que permita la comunicación con los otros. Capacidades y habilidades que él ha adquirido y que ha logrado transmitir a quienes se consideran (nos consideramos) sus discípulos. Usar la palabra, abrirse a la interacción cuando el silencio más profundo impide captar el vehículo que permite esta «aventura», sólo pueden hacerlo quienes poseen este conjunto de aptitudes que convierten la ciencia de la educación en un verdadero arte. Si, como dice el libro sagrado, «en el principio era el Verbo», Antonio hace posible que ese verbo —leído en los labios del otro— sea el inicio de una vida más plena.

Quien haya convivido y visto trabajar en directo a Antonio, sabe que intereses y aptitudes no valen nada si no se posee una **«personalidad»** que se transforma, a su vez, en herramienta para la conquista de unos objetivos. Es un tema que me apasiona y al que vengo dedicando algunas reflexiones en mis inquietudes formativas y docentes actuales: la persona del educador, del orientador, del psicólogo, del terapeuta, como herramienta para construir personas maduras y felices. En este caso, el autor ha logrado poseer el bagaje de esa «persona transformable del otro» gracias a la conquista de paciencia, tesón, capacidad para ponerse en su lugar y vibrar con el otro (empatía y simpatía), sensibilidad para adecuarse a la edad, al modo de ser y a las carencias del otro. Son cualidades o «virtudes básicas», sin temor a denominarlas así, que configuran el perfil de los rasgos que garantizan la eficacia educativa como fruto del encuentro perfecto de la personalidad del educador con la del educando, según el pensamiento del profesor Yela.

Sobre esas bases, con esos materiales y pisando con espíritu realista, se ha fraguado *«LEER EN LOS LABIOS»*. El título lo dice todo. No es un tratado teórico ni una reflexión alejada de la realidad. Es el fruto auténtico de una intensa experiencia en la que ha sido posible afinar la construcción de instrumentos eficaces para el «entrenamiento de la comprensión labioelectora». Dejando a un lado el viejo debate acerca de los lenguajes más idóneos para la educación del etéreo y difuso. Sólo se logra cuando se acierta a poner en manos del experto lo que conduce a remover los obstáculos que impiden la conquista de una meta. Supone, por otra parte, saber encontrar el punto exacto para su aplicación, la técnica probada, el ejemplo que disipe las dudas, el dominio para provocar que la aplicación de la herramienta que se ha construido sea capaz de adentrarse en el meollo de cuanto hay que cambiar.

El valor de este «Manual» reside en que el autor ofrece un conjunto apreciable de resortes educativos. Los describe, los desmenuza, los transforma en ejemplos de fácil aplicación para hacer realidad lo que parece imposible de lograr. Es esta una faceta que hay que agradecerle porque lo arduo de la tarea encuentra en sus páginas un maravilloso estímulo. Convierte en asequible la lectura labial, meta que puede provocar grandes desalientos si no se sabe «cómo» realizarla y cómo enseñarla. El contenido no tiene desperdicio. Quiero pensar que en este libro que ahora tenemos en las manos está el germen de nuevas conquistas en el terreno que afronta. La larga historia de la educación de sordos —con raíces que no pueden olvidarse en la Escuela Española de Sordomudos que supo aportar el «método para enseñar a los Sordomudos a entender el habla con la vista de la varia configuración de los órganos vocales de los que hablan»—, la conoce muy bien Antonio. Le dedica algunas páginas que no pretenden ser un alarde de erudición. Con ello ofrece un respaldo y unas bases para recuperar la lectura labial que constituye el contenido de su obra. Esa larga historia —cuajada de nombres y realidades que recupera para conocimiento de los nuevos profesores y recuerdo de los más antiguos— respalda cuanto practica Antonio. Esa historia encuentra en este volumen un nuevo eslabón.

Los educadores de sordos, y cuantos nos consideramos cercanos al campo de estas inquietudes, tenemos que felicitarnos por la aparición de un manual que tanto fruto puede producir. Tiene en cuenta al educando sordo, cualquiera que sea su edad, aunque se aprecie una particular atención a los que están en la edad infantil. También de los postlocutivos, aquellos que son sordos después de oír y que apenas reciben atención. Tiene en cuenta las aportaciones que supone en este terreno la informática como instrumento de gran valor didáctico, sin omitir la presentación de las situaciones en las que la lectura labial no es posible. Se muestra crítico ante aquellas situaciones paradójicas en las que los sordos «no quieren comprender». Son eslabones de una larga cadena que necesita un fuerte impulso en el ámbito de la educación de estos sujetos.

Por todo ello tenemos que alegrarnos y felicitarnos.

Alegrarnos con los educadores de sordos porque poseen desde hoy una nueva herramienta construida sobre la sólida base de una larga y probada experiencia. Con ella se ha podido dar vida a lo que llena un importante vacío.

Felicitarnos con el autor por ver que sale a la luz una obra forjada en el esfuerzo y que deseo sea el prelude de otras elaboradas en los últimos años con vistas a ver la luz en los venideros. También con la Editorial CEPE que con tanto entusiasmo y esfuerzo acoge en su fondo esta magnífica aportación que tanto bien puede hacer en el mundo de los sordos.

José Antonio Ríos González

Profesor Titular de la Facultad de Psicología
de la Universidad Complutense

INTRODUCCIÓN

Escribir un Programa para el entrenamiento de la comprensión del lenguaje hablado, viendo el movimiento de los labios cuando hablan, es una tarea que difícilmente ha de tener la presunción de resolver el problema terrible de la adquisición del lenguaje cuando se nace sin oír, o cuando se pierde la audición habiendo dispuesto de ella. Pero, tras esta afirmación —que habrá de ser siempre para nosotros inconformista— sí que hemos de procurar tener como objetivo precisamente esa finalidad: todos nuestros ejercicios, todas las actividades, todo el programa de entrenamiento labiolector ha de perseguir el entendimiento correcto y exacto del mensaje hablado, mirando la cara que habla la persona que no oye.

Los condicionantes propios del lenguaje que se habla, siempre hecho para ser oído, sabemos que dificultan la comprensión de lo hablado. En Español, por ejemplo, sabemos que aproximadamente un cuarenta por ciento de las articulaciones no se visualizan o pueden inducir a error. La manera de hablar de determinadas personas, la velocidad a que se habla, el bigote o la forma de los labios, las palabras que se emplean o usan, etc., etc., son barreras a vencer por el labiolector.

A pesar de todo cuanto apenas hemos insinuado como imponderables, conocemos a personas sordas, tenemos muchos amigos sordos, exalumnos de nuestras aulas que conversan con nosotros, que nos comprenden sin dificultad... ¡siguen una conferencia cuando una persona próxima a ellos les repite, verbalmente y de forma áfona, las mismas palabras del conferenciante!

Un nombre propio que ejemplifica la última aseveración que hemos hecho es el de D. Agustín Yanes Valer; sordo profundo, sacerdote católico, profesor de sordos y diplomado en Bellas Artes. Un hombre que ha sido entrega constante al mundo de sus hermanos de condición y un estímulo para quienes hemos tenido la fortuna de conocerle y disfrutar de su amistad. D. Agustín lee en los labios y comprende el ciento por ciento de lo que se le comunica.

También conocemos casos de personas con severísimas pérdidas de audición, cuya formación intelectual, además, es sobresaliente y que se alejan lamentablemente de esta habilidad.

De todas maneras, nuestra consideración es que la lectura labial será siempre imprescindible para todas las personas afectadas de deficiencia auditiva.

Podemos, si lo deseamos, sustituir el término «imprescindible» por el de «necesaria», o mejor, «complementaria». Efectivamente, ya que la lectura labial no es la única vía de información o comprensión de la aferencia lingüística. Tenemos otros medios o recursos: señas, dactilología, escritura, mimo, pero —si atendemos a la incidencia estadística de la sordera, con un uno por mil de deficientes auditivos profundos prelocutivos, y un cuatro por ciento, en distintos grados, de problemas auditivos en la población postlocutiva (unos cuarenta y cinco mil de la primera categoría y un millón en la segunda en nuestro país)— observamos cómo el primer grupo es tan minoritario, afortunadamente, que su dispersión e integración en la sociedad les «obligará» a entender la forma hablada, que es por otro lado la usual —y única con su forma escrita— con que se intercomunican los oyentes-hablantes.

Es cierto que para este grupo primero hemos de considerar la Lengua de Signos como una realidad establecida allí donde existe una comunidad que les reúne. Es su lengua natural, ya que la macromotricidad y visualización de los gestos y movimientos, así como la iconicidad o dramatización de los mismos hace que un alto porcentaje de la misma sea ideográfica, además de cómoda para su empleo por los que no oyen y no adquirieron de manera natural la lengua hablada.

Para este grupo existirá aún, y por largo tiempo, la pugna histórica sin resolver del enfrentamiento de su lengua natural, la de los signos y gestos, con la que, con gran esfuerzo, habrán de aprender, la oral. Pugna que puede tener un punto de encuentro entre los que abogan por la razonable «simultaneidad» de ambas lenguas en el grado y forma que ello sea posible, en el ámbito del proceso educativo de estos alumnos.

No entramos en las consideraciones de calidad, riqueza, habilidad de expresión, etc.,etc., entre las lenguas orales y signadas, que dejamos para otra ocasión.

Para el segundo grupo, el millón de españoles que no oyen bien, evidentemente habremos de categorizarlos entre los que tienen una leve pérdida de audición, fácilmente corregible con la adaptación protésica adecuada, y los que sufren severas faltas auditivas que no tienen más recurso que la información que visualmente pueden captar.

De cualquier manera habremos de tener siempre presente —reiteramos— que este segundo grupo está en posesión de un lenguaje oral completo que adquirieron antes de su pérdida auditiva. Para estos últimos la necesidad del entrenamiento labiolector es, si cabe, más acuciante, ya que no poseen la alternativa de la lengua de signos, que el primer grupo conoce en mayor o menor grado en su inmensa mayoría.

Suponer, para este grupo mayoritario, que podría ofrecérsele el aprendizaje de la lengua de signos como un elemento de comunicación visual, aunque fuera el español signado (?), es más que una utopía. No, aquellas personas que han perdido audición teniendo como lengua materna y habiendo usado el idioma de su país, necesitan aprender a leer en los labios si la solución protésica no les restituye la comprensión oral o solo parcialmente ha paliado el déficit auditivo.

La situación general, por otro lado, de los sordos postlocutivos es que dominan la lectura y escritura, permitiéndole ello, a través de la prensa o revistas estar informados de cuanto sus intereses demandan y, por otro lado, también con precisión les posibilita la intercomunicación. La cuestión es que el proceso lectoescrito es lento y fatigoso para los interlocutores, lo que hace que solo se recurra a él en contadas ocasiones, que se concretan la mayor parte de las veces a situaciones familiares.

La práctica y el ejercicio bien llevados en el entrenamiento para la comprensión labiolectora harán que la persona sorda postlocutiva vaya adquiriendo habilidad y, cada vez más, recibirá los mensajes hablados con menos dificultad. Al mismo tiempo que mejorará su comprensión también la seguridad que le proporciona ésta redundará en la seguridad que en sí misma tenía quien oyó y que, muchas veces, flaqueó al producirse la pérdida de audición.

La experiencia, como en toda obra humana, constituye la base de un comportamiento que nos hace fácil el quehacer diario de las rutinas elementales, pero básicas, de todas las personas. El entrenamiento de esta habilidad que nos ocupa dará experiencia, hará expertos, y ello evidentemente tiene una enorme compensación.

Pretendemos que este último pensamiento nos sirva para enlazar, en esta introducción, con el inicio más precoz que puede tener enseñar a leer en los labios. Nos referimos cuando se trata de comenzar el programa precisamente desde el momento siguiente en que es diagnosticada la sordera, desde prácticamente el primer día del nacido.

Los avances de las técnicas e instrumentos de diagnóstico y valoración de la deficiencia auditiva permiten saber a las pocas horas de haber visto la luz, si el sistema auditivo está sano o padece una patología que provoca un mal funcionamiento —sordera— de alguno de los elementos que lo constituyen.

Dar respuesta a la situación que se plantea a la familia cuando ésta es notificada del problema auditivo que se ha detectado en su hijo, es la primera preocupación que los especialistas que tratan el caso han de tener presente.

Hemos de manifestarles a los padres las perspectivas positivas que existen, tanto por la capacidad auditiva residual que el niño con seguridad tendrá, como por la posibilidad que existe de comprender las palabras por la lectura en los labios de quien le hable, siempre bajo el prisma de optimismo y realismo.

Sabemos que todo el proceso educativo de los alumnos sordos tiene exigencias que han de ser compartidas por los maestros y la familia de cada niño. Sólo ese es el camino que puede asegurar el éxito. La cuestión es clara y comprensible: se trata de formar, de instruir, de educar al tiempo, o coincidentemente con la enseñanza del idioma del entorno. Es como si al unísono se estuvieran construyendo las mercancías y el vehículo que las ha de transportar

En el caso concreto, que ahora comentamos, del niño y la familia que traspasan el dintel de esta nueva situación que la deficiencia auditiva comporta, son precisamente estos, los padres del bebé, quienes más ayuda necesitan y los que realmente más pueden hacer por su hijo.

Los padres requieren el máximo de información. La nueva situación en que se encuentran les ha sorprendido y angustiado, de aquí que deseen saber, quieran aprender y estén dispuestos a participar desde ese momento en cuanto sea posible para ayudar a su hijo.

El niño necesita veinticuatro horas al día de «clase» especialmente pensada para él y de la atención que sus padres le proporcionarán amalgamando el cariño y las indicaciones y recomendaciones que el maestro especialista en Audición y Lenguaje les ofrezca.

Finalizamos este Manual con un capítulo que, como propuesta para los maestros de Audición y Lenguaje, supone una novedad, ya que no hay aún en los ámbitos peda-

gógicos especializados en la educación de los alumnos sordos experiencia sobre la aplicación práctica de este recurso de ayuda a la comprensión de la labio lectura; nos referimos a la *Orollessia*, que es como la ha bautizado su creador, el profesor de sordos italiano Bartolomeo Biscaro y que hemos adaptado al español, fiados en que su aplicación facilite la visualización de los fonemas que no son visibles o que por tener la misma configuración bucolinguolabial pueden inducir a error.

De todas maneras, con la propuesta que aquí hacemos y la formación que los maestros especialistas en Audición y Lenguaje poseen, creemos disponer de recursos suficientes para abordar la elaboración de un plan individual o de pequeño grupo de trabajo, para conseguir que este medio de comprensión del lenguaje hablado tenga el éxito que deseamos.

La confianza en nuestro trabajo con los alumnos o adultos deficientes de audición, con sus padres y familia, perseverando día a día en esta labor docente irrenunciable de ejercitar la comprensión labiolectora, —sin olvidar nunca que se complementará con el entrenamiento auditivo, la escritura y cuantos elementos utilizamos didácticamente en la educación de los sordos—, hará que éstos, como se está demostrando, alcancen cada día cotas más altas, siendo más y más numerosos los que concluyen sus estudios en las universidades españolas.

Reiteramos lo dicho en las líneas precedentes: La educación de los alumnos sordos profundos y prelocutivos ha de responder a un programa, que los profesores especialistas conocen perfectamente. En él se armonizan cuantos estímulos —táctiles, auditivos, visuales, afectivos, etc.— coadyuvan a facilitar la llegada de información que facilite el aprendizaje del idioma en el que el ahora alumno, y luego ciudadano, tendrá que comunicarse en sus relaciones con la sociedad en la que vivirá.

El valor de este «Manual» reside en que el autor ofrece un conjunto apreciable de resortes educativos. Los describe, los desmenuza, los transforma en ejemplos de fácil aplicación para hacer realidad lo que parece imposible de lograr. Es esta una faceta que hay que agradecerle porque lo arduo de la tarea encuentra en sus páginas un maravilloso estímulo. Convierte en asequible la **lectura labial**, meta que puede provocar grandes desalientos si no se sabe «cómo» realizarla y cómo enseñarla.

El contenido no tiene desperdicio. Quiero pensar que en este libro que ahora tenemos en las manos está el germen de nuevas conquistas en el terreno que afronta. La larga **historia de la educación de sordos** — con raíces que no pueden olvidarse en la Escuela Española de Sordomudos que supo aportar el «método para enseñar a los Sordomudos a entender el habla con la vista de la varia configuración de los órganos vocales de los que hablan» —, la conoce muy bien el autor. Le dedica algunas páginas que no pretenden ser un alarde de erudición.

Con ello ofrece un respaldo y unas bases para recuperar la lectura labial que constituye el contenido de su obra. Esa larga historia — cuajada de nombres y realidades que recupera para conocimiento de los nuevos profesores y recuerdo de los más antiguos — respalda cuanto él practica: **ejercicios y actividades** para entrenar la comprensión labiolectora en la educación infantil; la comprensión labiolectora en los escolares sordos; los sordos postlocutivos y la lectura labial; **programas** de entrenamiento en comprensión labiolectora en la escuela y para sordos postlocutivos... Hacia una comprensión total de la lectura labial.

ISBN 84-7869358-0



9 788478 693580



COLECCIÓN

LENGUAJE Y COMUNICACIÓN